

MARIANO JABONERO

Secretario General de OEI

Hace ya más de cien años Lord Kelvin, el célebre físico y matemático, decía “lo que no se mide no se puede mejorar, lo que no se mejora se degrada siempre”. La propia actividad científica no está exenta de esa regla y, en términos más actuales, la información concreta, confiable y abundante resulta clave para tener políticas efectivas que mejoren nuestras sociedades.

Entre otros mandatos, la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) tiene la misión fundacional de llevar adelante acciones de cooperación en el campo de la ciencia y la tecnología. Desplegamos para ello distintas actividades que tienen como propósito acompañar el gran esfuerzo que hace Iberoamérica para desarrollar y consolidar sus sistemas de ciencia tecnología e innovación. Una de ellas, en la que venimos teniendo un éxito importante, es generar información comparable para la toma de decisiones y la gestión en los países de la región. Un hito posible gracias al trabajo que viene realizando la RICYT durante más de 25 años y la coordinación que de esta lleva a cabo nuestro Observatorio Iberoamericano de la Ciencia, la Tecnología y la Sociedad (OCTS-OEI). Es un ejemplo evidente de que esos esfuerzos que están llevando a cabo los países de la región para fortalecer sus capacidades científicas necesitan ser sostenidos en el tiempo y que el apoyo de la OEI a estas garantiza, entre otros aspectos, la continuidad necesaria para que puedan producir los resultados esperados.

En particular, como producto informativo, “El Estado de la Ciencia” es desde hace años una publicación de referencia en la región. Es, además, un claro producto de la cooperación. Los datos que anualmente compila son el aporte directo de los organismos de ciencia de los gobiernos iberoamericanos y se complementan con la

mirada de expertos y académicos. Nos acompaña en este esfuerzo, como en tantos otros, un socio muy especial: la UNESCO, con la que compartimos la misión de impulsar la educación, la ciencia y la cultura, tres aspectos fuertemente entrelazados e imprescindibles para el desarrollo de nuestros países.

La cooperación que OEI mantiene con UNESCO es un ejemplo virtuoso a nivel global. Compartiendo metas comunes, hemos formalizado acuerdos para no duplicar esfuerzos y actividades. Por el contrario, nos coordinamos y apoyamos mutuamente para tener el mayor impacto posible en todos nuestros campos de acción.

“El Estado de la Ciencia”, que editamos en conjunto desde hace algunos años, también ha ido evolucionando. Si bien sigue contando con una selección de datos estadísticos, los estudios y análisis que contiene han ido ganando protagonismo con el tiempo. A través de estos conseguimos atender temas emergentes y de creciente interés, y ofrecer un análisis autorizado sobre su repercusión en nuestra región gracias a las aportaciones de investigadores y expertos iberoamericanos. Mientras que, por otra parte, la evolución tecnológica y el aumento en la cantidad de indicadores disponibles han hecho que las bases de datos digitales que pone a disposición la RICYT en la web sean un espacio más adecuado para presentar y visualizar información estadística, dejando espacio para que este libro sea un lugar de análisis de la información.

En ese proceso, y con el ánimo de centrar el objetivo en los asuntos de mayor importancia en la agenda mundial y regional, en esta edición se dedica por primera vez un amplio espacio a un dossier temático. El propósito

es abordar a través de los mismos retos y desafíos en cuya solución la ciencia y la tecnología tengan un rol preponderante. El tema elegido para este primer dossier es un claro ejemplo: la transición energética.

La ciencia nos ha permitido entender el cambio climático y el papel que tienen en este proceso los gases de efecto invernadero. Así como medir la magnitud de ese problema, y en función de ello se acordaron una serie de metas en el Acuerdo de París. Para cumplirlas debemos detener la emisión de gases de efecto invernadero en los próximos veinte años. Esto implica una rápida modificación de nuestros modelos de producción, distribución y consumo de energía.

La tecnología pone sobre la mesa una serie de herramientas para apoyar ese proceso. Por ejemplo, la producción de hidrógeno verde como fuente limpia de energía o el desarrollo de baterías de litio que, entre otros usos, podrían impulsar la electromovilidad y mitigar la demanda de combustibles fósiles. En ambos casos, Iberoamérica tiene condiciones para convertirse en un actor importante en este proceso.

Sin embargo, no se trata sólo de un problema tecnológico. Este cambio, como todos, tendrá impactos en la sociedad -positivos y negativos- que será necesario gestionar. Así, serán claves la políticas que adopten los países y las regulaciones que pongan en práctica. Será central también impulsar las capacidades científicas y tecnológicas de los países iberoamericanos en estos temas, para que el aporte de la región a la investigación y el desarrollo mundial para la transición energética nos permita ser protagonistas de este proceso. Este dossier es un espacio para poner en común y discutir esas problemáticas, urgentes para el desarrollo iberoamericano.